LETRAS
DEL CAMBIO

SOCIALISMO SUECO

Por Jaime CAMPMANY

ME parece que ha sido Felipe González quien ha explicado que el socialismo que él predica no es el alemán, ni el italiano, ni el viejo socialismo español, sino el sueco. Y me parece que ha sido Enrique Tierno quien ha declarado, hablando de don Juan Carlos, que «me da la impresión de que quiere reinar apoyándose en la izquierda, como en las Monarquías nórdicas». Yo, a eso del socialismo sueco y de las izquierdas nórdicas, me apunto. Pido desde este momento y desde este lugar, es decir, públicamente, mi afiliación al P. S. O. E. Conste que no lo hago por oportunismo y porque me haya creído eso que repite tanto don Felipe de que va a ganar y me apresure a correr en socorro del vencedor. Es que, de verdad, a eso del socialismo sueco y de la izquierda nórdica, a mí que me apunten. Sólo pido alguna elemental seguridad.

Porque a mí, con esto del socialismo sueco me pasa lo que le pasaba a un amigo y compañero mío con el «New York Times». Me explicaré. En aquel tiempo, mi amigo y yo trabajábamos en un periódico de Madrid, mucho más sujeto a los avatares políticos que a los esfuerzos profesionales. Un día llegó un nuevo director. Venía de la gran tierra de Norteamérica, sin duda fascinado por sus instituciones, influido por sus formas de vida, atraído por los grandes gigantes que allí ha creado la sociedad. Nos reunió a los redactores y pronunció palabras de ánimo y de aliento. Puso ante nuestros ojos un ambicioso propósito. Al final, como para compendiar este ambicioso propósito, lanzó una frase estremecedora: «Voy a hacer de e s t e periódico el "New York Times".»

Todos nos quedamos silenciosos, como abrumados por la tarea que se nos venía encima. Sólo mi amigo se atrevió a levantar la mano y a iniciar un b r e v e parlamento. «Habla, habla», le dijo el flamante director. «No, que digo yo que sí, que está muy bien eso de hacer el "New York Times", pero que antes tendremos que hacer N u e v a York», observó mi amigo.

Confieso humildemente que no llegamos a hacer, por muchos esfuerzos que en ello quemamos, el «New York Times». Y ahora estoy seguro, completamente s e g u r o, de que fue porque antes no atinamos a hacer Nueva York. Bueno, pues eso. Vamos a hacer el socialismo sueco. Pero antes vamos a hacer Suecia. En cuanto Suecia esté hecha, a mí que me apunten.